LAS
PERSONAS
MAYORES DE

CERRO MURIANO

LAS PERSONAS MAYORES DE

CERRO MURIANO

AYUNTAMIENTO DE CORDOBA

Delegación de Servicios Sociales

Delegación de Servicios Sociales

Zona de Trabajo Social Periferia

Proyecto:

"Las personas mayores de Cerro Muriano"

Colabora:

Servicios Sociales de Obejo

índice

1. PRESENTACIÓN DE LA PUBLICACIÓN 07

2. LAS PERSONAS MAYORES QUE SE HAN ENTREVISTADO

Francisca Flores Romero 12

Ignacia Bejarano Lunar 20

Antonia Loaisa Blanque 30

Pedro Cuadro Calvente 36

Ramón Lozano Gilarte 44

Enriqueta Buscató Zamora 56

Jacinta Ramos Moreno 62

Francisco López Bolancé 70

Antonia López Romero 78

Natividad Gómez Iglesias 88

Teresa Martínez Moya 98

3. APUNTES DE INTERÉS PARA LA BARRIADA 102

4. GUÍA DIDÁCTICA 110

presentación

–

Es éste el primer prólogo de un libro que hago en mi vida, y me hace mucha ilusión que sea dedicado a historias de personas mayores de Cerro Muriano. Son las historias de Francisca, Ignacia, Antonia, Pedro, Ramón, Enriqueta, Jacinta, Francisco, Antonia, Natividad y Teresa, historias llenas de ternura, de tristezas, de alegrías, pero sobre todo de vida.

Cuesta expresar en unas líneas los sentimientos que me han generado cada una de estas historias mientras las leía. En algunos casos la sensación ha sido de sana tristeza por las duras experiencias vividas, en otros de admiración por la superación de las dif cultades encontradas, todo ello mezclado con inevitables sonrisas imaginando las situaciones narradas, pero en todos los casos he tenido el sentimiento de respeto, reconocimiento y agradecimiento a todas estas personas mayores que tanto han aportado a tantas vidas y tanto han contribuido a los avances de la sociedad de hoy y la de Cerro Muriano en particular.

Este es un libro que recoge memorias, y la memoria es una riqueza de un valor incalculable: podemos perder una mano, una pierna, un brazo y seguiremos siendo quienes somos, pero si perdemos la memoria ¿qué somos? Por eso estas recopilaciones tienen más valor del que a priori pudiera parecer. Forman parte de nuestra historia, son experiencias que deben transformarse en aprendizajes y son un regalo muy valioso no solo para la comunidad de Cerro Muriano sino para todas y para todos.

Hoy, más que nunca, hay que reivindicar el importante papel de las personas mayores en nuestra sociedad actual, papel que muchas veces no es reconocido o es olvidado de manera injusta. Esto debe cambiar (y quiero pensar que está ya cambiando), no por solidaridad, sino por justicia y porque esta sociedad no puede permitirse el lujo de renunciar al papel de las personas mayores. Su experiencia y sabiduría acumulada les convierten en uno de los capitales sociales más importantes de nuestra comunidad, y si no reconocemos esto,

y renunciamos a sus aportaciones, cometeremos un grave error que pagaremos caro, además de ser una gran injusticia.

Tenemos que cuidar y mimar a nuestros mayores entendiendo que el envejecimiento es una etapa de crecimiento del ser humano en continuidad con el ciclo vital de cada persona. Hay que huir de la creencia de que el paso de los años genera en la persona una limitación en la capacidad de aprendizaje, no es así. Es importante dar visibilidad a los diferentes modelos positivos de envejecer entendiendo que no todas las personas envejecen de una forma similar. Un amigo mío, que hace años se jubiló, me dice que se siente mejor ahora que antes, porque no le echa años a la vida sino vida a los años.

Es necesario trabajar desde las administraciones y la sociedad civil organizada para concienciar a la comunidad de las necesidades de las personas mayores y de la capacidad de aportación de estos a

la sociedad actual, que no es mucha, es muchísima.

Para f nalizar, toca dar las gracias a las trabajadoras del Centro de Servicios Sociales de Periferia por esta bella iniciativa que después de mucho trabajo por su parte, por f n sale a la luz. Y a los Servicios Sociales de Obejo por su inestimable colaboración.

Pero sobre todo es obligado dar inf nitas gracias a Francisca, Ignacia, Antonia, Pedro, Ramón, Enriqueta, Jacinta, Francisco, Antonia, Natividad y Teresa por habernos regalado sus historias y sus experiencias de vida, en resumen, por habernos regalado su memoria que, como decía antes, es uno de los dones más grandes y valiosos que tenemos las personas.

Rafael del Castillo Gómariz

DELEGADO DE SERVICIOS SOCIALES,
COOPERACIÓN INTERNACIONAL Y OFICINA EN DEFENSA DE LA VIVIENDA

FRANCISCA
FLORES ROMERO

Nació en Obejo
el 2 de octubre del año 1922

—

Yo nací en Obejo pero llevo viviendo en Cerro Muriano más de 30 años. De mi infancia recuerdo que trabajaba mucho, cuando tenía doce años ayudaba a mi padre a hacer picón y carbón, cortaba el monte para hacer el picón y lo llevaba con dos burras hasta Cerro Muriano. Más adelante trabajé cogiendo aceitunas y segando el campo: garbanzos trigo, vera, cebada, altramuces… de todo.

Recuerdo que mi casa era natural, ya que mi padre se dedicaba a hacer carbón y picón, por lo que vivíamos en el campo.

Éramos 5 hermanos, tres mujeres y dos hombres y yo fui la segunda.

Yo he jugado poco ya que mi abuela (la madre de mi padre) se murió muy joven dejando cinco hijos, el más pequeño con 5 años. Entonces mi madre tuvo que llevar nuestra casa y la suya, y yo, como tenía 8 años, tenía que ayudarla también.

Las tareas que hacíamos eran las de lavar, cocinar, limpiar…y era duro porque había muchas personas a las que atender. Yo hacía mi cama, dejaba los platos fregados, y también hacía la comida, me encargaba de terminar el cocido que dejaba empezado mi madre. Hacíamos también calcetines, recuerdo que los hacíamos mientras se soleaban los trapos que habíamos dejado al sol. Para lavar nos íbamos al arroyo.

Yo al colegio fui sólo tres veces así que no recuerdo apenas nada. Aprendí a leer y a escribir más adelante.

Con mis hermanos me llevaba muy bien, ya que, como vivíamos más apartados y los vecinos estaban más lejos, estábamos siempre juntos y lo hacíamos todo juntos.

Cuando empezó la guerra nos tuvimos que irnos de casa. Mi madre y mi abuela fueron a buscar a su familia de El Guijo para que nos acogiera. Al f nal nos tuvimos que pasar toda la guerra en la Iglesia refugiados. Mi padre, por aquel entonces, se dedicaba a guardar una yunta de vacas. Mi madre entonces se dedicaba a atender a sus hijos. Comíamos lo que podíamos, gachas, acelgas,… etc. Recuerdo que mi madre guisaba muy bien, así que las comidas, fueran lo que fueran nos sabían muy ricas todas. Nos vestíamos con ropas un poco estropeadas, siempre con remiendos…etc.

Cuando terminó la guerra volvimos otra vez a Obejo. Como no habíamos vuelto en los tres años que duró aquello, nos encontramos algunas cosas algo estropeadas. Ya entonces mi padre trabajaba de lo que podía, vareando aceituna, hacia pan,… etc. Y mi madre se siguió dedicando a la casa.

En mi juventud hacíamos lo que podíamos; íbamos al arroyo y cogíamos romanzas y después las comíamos haciendo un cochifrito cuando llegaba mi padre.

Recuerdo que en las f estas comíamos arroz con leche, salmorejo, gachas, tostones, miel, patatas guisadas machacadas con salmorejo y bacalao.

Yo tuve un amigo cuando tenía unos catorce años y nos hicimos novios, y nos escribíamos cartas porque le mandaron a Francia cuando la guerra pero yo le contestaba como amigos pero cuando llegó se enamoró de mí. Y me pidió que nos casáramos pero yo le *pavoneé*, le rechacé.

Conocí al hombre con el que me casé porque vivíamos muy cerca y nos veíamos todos los días. Nos conocíamos desde pequeños. Nos hicimos novios y estuvimos así dos años. Tanto mis padres como los suyos estaban encantados. Cuando éramos novios teníamos que ir siempre con algún tipo de vigilancia, así que mi madre nos solía seguir por detrás para ver qué hacíamos.

Yo me fui con mi novio a una chocita que hizo él y me fui a vivir allí sin hacer una boda. Eso no causó

ningún problema para mis padres ni mis suegros. Ya más adelante nos casamos por la iglesia. Tuvimos cuatro hijos y ahora tengo ocho nietos.

La casa que tuvimos era un chozo blanquito, hecho por encima con monte, y tenía dos habitaciones, una más grande y una pequeña, para el retiro. Entonces mi marido se dedicaba a trabajar en el campo y yo a estar atendiendo la casa y a coser. Yo después también cogía aceitunas, segaba, hacía picón y carbón... Luego cosía para los demás, hacía calzoncillos, camisones, camisas…

Cuando ya teníamos nuestros hijos nos fuimos a plantar pinos por los pueblos de alrededor, Villanueva…etc. Uno de los trabajos era plantar los pinos con el carrillo, haciendo agujeros y plantando las semillas y otro de los trabajos era recoger monte.

Entonces vivíamos en casas de madera, trabajábamos todos los días y comíamos mucho mejor que antes. Las labores de la casa las hacía yo por la mañana temprano, mientras mi marido hacía el desayuno. La comida la hacíamos en el

mismo día, llevábamos los garbanzos a remojo de la noche anterior y los cocíamos haciendo una candela en el descanso del trabajo.

Cuando dejamos los pinos, nos volvimos a Obejo y mi marido estuvo trabajando con ovejas y cuando se hartó se fue a Barcelona a ver si encontraba trabajo, pero como no encontró nada f jo se acabó volviendo. Entonces fue cuando se colocó en los barracones nuevos con los albañiles hasta que ya se jubiló.

Cuando mi marido se jubiló él trabajaba de vez en cuando como albañil.

Ahora vivo muy bien, porque estoy siempre muy acompañada, siempre me vienen a ver.

Hoy en día pienso que las personas están demasiado apartadas de los demás, antes sin embargo podíamos contar unos con los otros y creo que eso era mejor para todos.

A mí de Cerro Muriano me gusta todo. Nunca me he enfadado con nadie, se está muy bien viviendo en el pueblo, me da muchas satisfacciones.

Yo les diría a los jóvenes de ahora es que disfruten todo lo que puedan, que sean buenos y que disfruten todo lo que no hemos podido disfrutar nosotros.

IGNACIA BEJARANO LUNAR

Nació en Pueblonuevo
el 5 de diciembre de 1923

—

Llevo viviendo en esta barriada de Cerro Muriano desde que me casé, teniendo 19 o 20 años. Yo soy natural de Pueblonuevo y soy la mayor de cinco hermanos. Mi padre se dedicaba a trabajar en las minas y mi madre trabajaba en casa, haciéndose cargo también de sus hijos.

La infancia no la pasé mal, vivíamos en una casa con dos habitaciones, dos comedores y un

patio grandísimo. La casa estaba cerca del centro, en la calle Leona. En Peñarroya iba a un colegio de monjas que estaba al lado de Pueblonuevo y podíamos ir andando. Tengo buen recuerdo del colegio, ya que era bueno. Las que éramos un poco revoltosas éramos nosotras. Jugábamos al escondite, a la comba… cosas de niñas. También nos metíamos a coger f ores de los jardines, eran travesuras que solíamos hacer de niñas. Con mis hermanos nos llevábamos muy bien, a veces como el perro y el gato pero bien, como se llevan todos los hermanos a veces.

Cuando era niña, lo que más me marcó fue la guerra civil. Yo tenía 12 años y recuerdo que en esa época yo estaba muy nerviosa por culpa de los bombardeos, ya que teníamos que salir corriendo cada dos por tres. Tuvimos que irnos de Pueblonuevo a Dos Torres, que está al lado de Pozoblanco, en los Pedroches. Ahí estuvimos mientras duró la guerra y ahí nos quedamos porque era la casa de mi abuela. En la casa de Pueblonuevo no hubo problema porque era alquilada. En la época de la guerra mi

padre trabajaba de pastor y mi madre se dedicaba a las labores de casa y a cuidar de sus hijos. Durante los bombardeos, si estábamos subidos a un tren o a un coche, se tenían que parar y yo me tiraba para escondermedel miedo que me daba, la verdad es que en esa época vivíamos con mucho miedo.

Mi juventud la pasé sirviendo en las casas ricas de Dos Torres. Me acuerdo que trabajé en la casa de Doña Emilia Gallardo Velárdez. En esa época, como aún era una niña, hubo cosas buenas y malas.

Nuestros padres tenían que sacarnos adelante y lo pasaban peor. Cuando servía vivía en la casa, que era de señorío, y me dedicaba a cocinar poniendo el cocido, habichuelas, sopas, sobre todo de ajo, migas. La verdad es que hoy en día se comen las mismas comidas que antes, creo que eso no se ha perdido ni se perderá.

Cuando conocí a el que iba a ser después mi marido, tendría yo 17 años. Pasamos tres años de novios. La relación con su familia siempre ha sido buena, la verdad es que nos hemos llevado todos muy bien, tanto yo con ellos como él con mi familia. Cuando éramos novios, no nos dejaban ir solos, así que siempre nos acompañaba una hermana o la cuñada… y cuando él venía a casa, a veces entraba sólo, y otras con alguien, según cómo estaba la casa.

Mi boda fue en Dos Torres, primero nos otorgamos y luego ya nos casamos, como es natural. De viaje de novios no nos pudimos ir, porque lo que teníamos que ir era a trabajar. Después de casarnos nos vinimos a Cerro Muriano, quedándonos ya en

esta casa. Aquí mi marido trabajaba en el campo y yo en la casa, y cuando venía el tiempo de la aceituna trabajaba también en la aceituna.

En la casa yo me levantaba pronto, iba a la plaza a comprar, arreglaba la comida y la casa. La casa la limpiaba cogía el cepillo para barrer y con el trapo y la cubeta me echaba al suelo de rodillas y así fregaba. Lavaba la ropa en mi casa, cogía agua con un borriquillo desde el campo, la echaba en un bidón y de allí sacaba el agua para lavar y fregar. Antes no teníamos acceso al agua como ahora.

Cocinaba garbanzos, habichuelas, arroz, lo que alcanzara en cada momento. Cuando había alguna f esta entonces sí que cogíamos un pollo del campo y lo cocinábamos, la verdad es que estábamos deseando que llegaran las f estas para poder comer pollo. En Navidad hacíamos pestiños, roscos, y para el día de los santos las gachas.

Tuve 8 hijos, y ahora ya tengo 18 nietos y 8 biznietos. Cuando nos casamos nos fuimos después a Los Billares porque mi marido trabajaba en el campo, también haciendo picón, haciendo carbón,

cuidando los animales… y allí vivíamos en un chozo y luego en una nave larga. Cuando vivíamos en el chozo metíamos a la burra que teníamos dentro para que los lobos no se la comieran. En Los Billares estuvimos mucho tiempo, pero luego al f nal nos volvimos a la casa de Cerro Muriano. Nos compramos la casa de Cerro Muriano por 32.000 pesetas vendiendo los animales que teníamos en Los Billares.

Una vez que enviudé, tuve que tirar para adelante con 8 niños, así que iba a los campamentos a vender género a los soldados. Les vendía tortas (que las comprábamos y venían de Écija), café con leche, cortadillos, cosas de comer, aguardiente. Iba con un grupo de hombres y mujeres que también iban a vender y teníamos que ir casi de noche desde Cerro Muriano, antes de que amaneciera, hasta el campamento. A veces, la policía militar, para que no pasáramos al campamento, intentaban quitarnos el género. Ya dependía del corazón que tuviera cada uno. En el camino, nos teníamos que subir a los árboles porque sentíamos perros y venados y

nos teníamos que apartar y escondernos. Cuando conseguíamos llegar, nos poníamos en f la y se lo vendíamos a los soldados dentro del campamento pero fuera del cuartel. Si luego te quedaba algo, íbamos a las 11 que era cuando había descanso e intentábamos venderlo. Con los soldados había veces que teníamos que andar con cuidado porque intentaban irse sin pagar lo que les vendíamos.

Más adelante, mi hijo mayor también comenzó a vender género. Él conocía a los jefes del campamento, sabía muy bien cómo tratar a la gente y se hacía con su conf anza, así que vendía mucho más. En verano, subía también a vender helados que hacíamos en casa.; En una garrafa de corcho, echábamos nieve, sal, y se le daba vueltas con todo el aliño que se le echaba para hacer el helado, el azúcar, etc., y se le daba vueltas hasta que se cuajaba. Se envasaba ya en otro sitio y cuando se vendía se llevaba en el mismo garrafón y desde ahí se le ponía un cucurucho o una galleta. Como pesaba mucho, lo llevábamos en la burra. Y de eso vivíamos en aquella época.

En esa época pasaba yo mucha fatiga para dar de comer a mis hijos. Cuando mis hijos se hicieron mayores y empezaron a trabajar ya me empezaron a pasar el dinero y ya pude dejar de venderles a los soldados, por eso, y porque ya no había trabajo. La verdad es que he tenido mucha suerte con todos mis hijos, ya que me han cuidado mucho, dándome hasta la última peseta para que no pasara fatigas. Me siento muy orgullosa de todos ellos.

Hoy en día vivo bien, tranquila, aquí en Cerro Muriano, que es muy agradable, y sin la preocupación de tener que pagar la casa porque ya es mía… Aquí en Cerro Muriano, las cosas han cambiado desde entonces, ya que antes se trabajaba en el campo y en albañilería, y ahora ya cada uno tiene su of cio. Ahora ya nadie trabaja en el campo, y nadie ya vende a los soldados como antes. Otra

cosa que ha cambiado es que antes podía yo dejar la casa abierta de par en par cuando me iba a comprar a la plaza y ya eso ahora no se puede hacer, porque es peligroso ya que te pueden robar.

Después de todo lo que yo he vivido podría aconsejar a los demás que dejen al lado los rencores, y que siempre intenten ayudar a los que estén peor que nosotros.

ANTONIA

LOAISA BLANQUE

Nació en Adamuz
el 13 de enero de 1925

—

Llevo viviendo en Cerro Muriano desde 1936 y vinimos a vivir aquí quince años después de que acabara la guerra. Recuerdo pasar mi infancia en el campo, mis padres eran labradores. Fuimos siete hermanos, yo era la cuarta; con todos ellos me llevé siempre muy bien.

Cuando empezó la guerra cogimos los mulos que tenía mi padre y nos fuimos a Villanueva de Córdoba, allí pasamos la guerra. Recuerdo que nos teníamos que esconder cuando las avionetas lanzaban las bombas. Algunas veces comíamos hierbas del campo o otras veces cocido o lentejas, aunque casi no había nada que comer.

Más adelante nos fuimos a vivir a casa de una familia que nos recogieron. Mi padre compraba trigo e iba a molerlo, en ese momento no podíamos trabajar en nada.

Una vez terminó la guerra nos fuimos a Villafranca donde sólo estuvimos quince días y luego nos vinimos ya a un chozo en Cerro Muriano. Nos repartíamos para dormir en tres habitaciones y así nos apañábamos. La situación no permitió que pudiera ir al colegio.

En mi juventud trabajaba en todo lo que podía. Conocí al que sería mi marido en el campo, con el que tuve diez años de noviazgo. Me casé de color azul marino, no podíamos permitirnos un traje blanco y para celebrarlo mi padre trajo tres

1

conejos y guisamos un arroz. Recuerdo que estuve bailando todo el día y toda la noche con mi marido. Fuimos de viaje de novios a Alcolea donde vivían unos familiares.

Tuvimos cuatro hijos, los cuales me han dado siete nietos y once biznietos. Mi marido se siguió dedicando a las labores del campo y yo trabajé sirviendo en algunas casas. Además de atender las labores de la casa me dedique a la venta de leche, café, tortas, cortadillos. Íbamos al campamento, donde estaban los soldados haciendo la mili y allí poníamos un puesto y vendíamos chocolate, galletas, pipas y productos de ese tipo. Mi marido también vendía conmigo en el puesto.

Ahora vivo muy bien, ya no trabajo y ahora voy a la escuela. Me gusta la tranquilidad que hay aquí, no me iría a ningún sitio que no fuera Cerro Muriano. Así lo he querido durante toda mi vida.

PEDRO

CUADRO CALVENTE

Nació en Marchena
el 2 de octubre de 1925

—

Llevo viviendo en Cerro Muriano desde el día 6 de Febrero de 1937. Nos vinimos aquí porque mi padre era ferroviario y, como durante la guerra hubo algunos problemas, le mandaron aquí provisionalmente. El traslado parecía que iba a ser por un tiempo pero al f nal nos quedamos aquí muchos años.

Nací en Marchena, a 5 km del pueblo. Después nos trasladamos al Chorro (Málaga) en el año 1931 aproximadamente, donde estuvimos casi un año. De allí nos fuimos a Fuentes de Andalucía (Sevilla). En este pueblo fue donde entré al colegio. Para entonces yo ya sabía leer, escribir, multiplicar, sumar, restar y dividir, porque me había enseñado mi padre. Nos enseñaba por las noches cuando venía del trabajo.

Del colegio tengo un buen recuerdo, a pesar de que no me trataban muy bien, pero me llevaba bien con los curas.

Yo soy el quinto de seis hermanos, tres hombres y tres mujeres. La relación entre nosotros siempre fue muy buena y ahora todavía nos llevamos estupendamente.

Recuerdo que la casa donde vivíamos más tiempo tenía cuatro habitaciones: En una habitación dormían los hombres y en la otra las mujeres; En la tercera dormían mis padres y la cuarta era la cocina. Las camas eran buenas: cuando esquilaban a las ovejas comprábamos la lana para hacer los

colchones. Mi madre, aunque trabajaba fuera, se las apañaba muy bien para hacer también las tareas de la casa, para coser, cocinar, etc.

Cuando llegué a Cerro Muriano ya dejé de ir a la escuela pero yo tenía libros y estudiaba aritmética y de ortografía mientras cuidaba a las ovejas.

La época de la guerra la pasé mal y muy asustado, como todo el mundo. Hubo un ataque muy cerca de donde estábamos y yo que estaba con las cabras, me tuve que esconder. Mi madre no sabía dónde estaba yo, y pasó tanto miedo buscándome, que al verme me tiró de la oreja… ¡por eso, digo yo, que desde entonces tengo una oreja más larga que la otra!

Yo de pequeño no pasé hambre porque hacíamos nuestras matanzas, mi madre hacía queso y no nos faltaba la leche…

Cuando ya fui jovenzuelo y dejé las cabras, trabajé un año en la cantera, machacando piedras durante 10 horas, con un martillo de 8 kilos. Al acabarse este trabajo me fui a las trincheras, que había que arreglar la que se venía abajo, en invierno para que no obstruyeran las vías y no descarrilaran los

trenes. Allí había que estar 8 horas pero colgado, y era muy duro. Para ir hasta las trincheras caminaba 36 km de ida y otros tantos de vuelta. Era joven y tenía mucha resistencia; porque además, cuando llegaba a casa, por la noche, me iba a la *Balanzona* a sacar la arena del túnel con una vagoneta, durante un par de horas.

Cuando me llegó la edad de ir a la mili, estuve en la Maestranza de Sevilla 2 meses y después me fui a Lora del Río a hacer las prácticas de tiro, pero resultó que no llegué a hacerlas. Ya que encontré una "piocha" y se la devolvimos al que la estaba buscando, por lo que me compensó el Cabo Primero y me dejó que descansara de la instrucción, con el calor que hacía por aquel entonces.

Al terminar el servicio militar me fui a la Estación de Cercadilla a trabajar de mozo, cargando y descargando el equipaje en los trenes de trasbordo. En esa época conocí a la que fue después mi mujer. Ella era la penúltima de 14 hermanos y la había criado una tía que no tenía hijos. Nuestro noviazgo duró 2 años más o menos y fue perfectamente

ya que mis padres y los suyos se llevaron muy bien. Cuando nos veíamos siempre nos tenía que acompañar sus primas o con alguien. La boda se celebró en la casa de sus tíos y fue una boda sencilla, con 20 invitados. Para el viaje de novios nos fuimos una semana a Algeciras donde vivían mis tíos y mis primos. En estas ocasiones especiales lo que se comía era carne de ave: gallo, pavo, gallinas, etc.

Tuvimos dos hijos, una niña y un niño, y ahora tengo tres nietos y una biznieta.

Una vez casados me mandaron a trabajar a Huelva, a la estación de *El Cobujón*. Ahí lo que hacía era maniobras y gestión de entrada y salida de trenes. Estuvimos 11 meses y ya teníamos el niño con 4 años y a mi niña recién nacida. Después de este año ya nos vinimos a Cerro Muriano y también trabajaba en la entrada y salida de trenes, las maniobras que había que hacerle. Mi mujer se ha dedicado a cuidar la casa, los niños y a sus costuras. Los militares le encargaban a mi mujer que le hiciera alguna ropa. También les hacía la ropa a mis hijos que siempre han ido muy bien

vestidos. Estando ya aquí abrí una carpintería y luego la trasladé a Córdoba, para volver f nalmente otra vez aquí.

He estado también unos años en San Sebastián y estuve muy a gusto. Me trataron bien y tenía un buen sueldo. Hubo un concurso de traslado y me vine otra vez hasta que me jubilé. Ya jubilado seguí con la carpintería y mi vida era más tranquila.

Cerro Muriano, en general, se ha abastecido de los soldados, de hacer picón y carbón y de trabajo en los albañiles. Se ha trabajado mucho y,

afortunadamente, no se ha pasado hambre.

Algo que se ha perdido un poco, es la profesión de los albañiles, que había muchos aquí en la barriada

Y yo ya no quiero moverme de aquí porque estoy bien, entretenido con mis cosas y en el campo. No quiero irme de aquí, me gusta mucho vivir en Cerro Muriano.

Ramón

LOZANO GILARTE

Nació en Fuente Alta
el 1 de enero de 1927

—

Llevo viviendo en Cerro Muriano toda la vida. Nací en una f nca en Fuente Alta, en una choza larga de paredes altas y suelo de tierra, sin habitaciones así que poníamos una cortina para separar. Mis padres se dedicaban al campo, a hacer picón y carbón. Mi madre era ama de casa, y en la casa amasábamos el pan y lo cocíamos. Mi padre llevaba el trigo a moler y luego se cocía el pan.

Yo soy el cuarto de nueve hermanos, cinco hombres y cinco mujeres.

De mi infancia recuerdo que pasamos mucha hambre. Yo he llegado a coger la cáscara de plátano en el pueblo y comérmela. Íbamos a la sementera a por unas rabanetas que mi madre cocía con agua y sal y eso comíamos. (Las rabanetas son una hierba del campo.) Mi padre cogía los atramuces y se iba a Obejo que había un molino, los molía y con eso se hacía un pan que salía amarillo. Había día que sólo comíamos sardinas en arenque y un trozo de pan por la mañana y así aguantábamos hasta la noche. Otras veces vamos al campo y cogíamos las rabanetas y berros y mi madre hacía arroz o ensalada con ellos.

Yo ayudaba a mi padre desde que tenía 9 años. Con esa edad ya me fui a Pozoblanco para cuidar una piara de marranos para ganar cinco duros al mes. Uno de los marranos se llamaba "Roada". Allí viví en una choza de tierra con palos de monte y juncos para que corriera el agua.

De niño jugaba a pegar con un palo a unas latas

para ver quién las tiraba más lejos y también con el trompo: haciendo un círculo en el suelo y tirábamos el trompo por turnos y perdía el que se le salía fuera

Fui muy poco al colegio. En la escuela apenas aprendí a leer y a escribir, pero de cuentas sí que me acuerdo de algo, pero de memoria.

Recuerdo una vez de pequeño que me mordió un perro y creían que tenía la rabia así que me llevaron a Córdoba a un hospital. Otra anécdota que recuerdo es que estando con mi primo cuando le prendimos fuego a una sementera que teníamos en el pueblo. Mi padre se enfadó muchísimo y nos dio una paliza que no se me olvida. Otro día cogí la escopeta de mi padre y empecé a jugar con ella y le pegué un tiro, y salió aquello ardiendo… la verdad es que pasé mucho miedo por haber hecho daño a mi padre.

La relación con mis hermanos ha sido buena y nos hemos llevábamos muy bien entre nosotros. De niños cogíamos una lata y nos íbamos al campamento de los soldados para coger las sobras

que tiraban. Incluso cogíamos las pieles de las patatas y mi madre las lavaba bien, las cocía con agua y sal y eso comíamos muchas veces. También hemos comido matas de las habas.

Pasé mi juventud trabajando en todo lo que podía. En la f nca de la La Candelera hacía el picón y el carbón. Sacábamos los sacos a cuestas y los llevábamos hasta donde ya podían entrar los carros. Trabajaba con mi hermana mayor. Los sacos de picón valían entonces 4,50 reales. De esa época recuerdo un día que llegué a mi casa y me encontré un fulminante que es una cosa pequeña que llevan las bombas. Me lié con un palo para destaparlo y se me ocurrió arrimarlo a la candela: Cayó un poco de pólvora y explotó, cortándome tres dedos de la mano algunas marcas en la cara. Por aquella época, después de la guerra, podías encontrar por la calle restos de explosivos.

Durante la guerra, yo tendría nueve años y recuerdo un día que estaba yo con mi hermana mayor lavando en el pozo que le decían Las Pilas y vinieron unos vecinos a buscarnos desde Cerro

Muriano para decirnos, muy asustados,que no fuéramos al pueblo porque habían entrado los moros y nos iban a matar. Aquella noche dormimos en Villaharta en unas cuevas que allí había. Después nos fuimos a Villa Manrique y pasamos los tres años que duró la guerra, viviendo en una casa que nos dejó el alcalde junto con otro grupo de refugiados. Mi padre estuvo en el frente sólo veinte o treinta días, muy pocos; cuando terminó la guerra nos volvimos a Cerro Muriano.

Después estuve trabajando en Bélmez con un hombre que se llamaba Paco, segando. Allí conocí a mi mujer. Un día me vinieron a decir que en el pueblo había una mujer muy guapa, así que me dije, "yo le tengo que decir algo". Entonces pregunté dónde vivía el que sería mi suegro, Diego Guillén, y cogí mi ropa, que estaba muy sucia y se la llevé a su madre. Entonces ya con la ropa limpia, conocí a mi mujer.

Nuestro noviazgo fue muy corto, la verdad. Nos vinimos de Bélmez en bicicleta hasta Cerro Muriano. Tuvimos que vender la bicicleta para

poder comer. Luego empecé a trabajar en los Polvorines, pero ganaba muy poco, unos 6 reales. Estuvimos un tiempo viviendo en un chozo en el campo de tiro y de ahí a una f nca que le decían Choza Redonda. Nos casamos después de unos meses. Maruja, la practicanta, nos ayudó. Nos casó Don Juan y los padrinos fueron Maruja y su marido, que era teniente coronel. Fue la boda fue a las siete de la mañana, para que no nos vieran, así que tampoco hubo convite. Mis suegros al principio se enfadaron conmigo por haberme traído a su hija, pero después de eso, la relación fue muy buena y me han querido a mí como a un hijo.

Tuvimos nueve hijos, y ahora ya tenemos catorce nietos.

Cuando me casé yo me dedicaba a hacer carbón y picón. El carbón o el picón lo hacíamos con una azada en un horno, lo enterrábamos con tierra y monte (chasca) y le metíamos fuego y de ahí se sacaba el carbón. Luego se le hacían unos agujeros (gateras) por detrás para que saliera el humo. El tamaño del horno servía para calcular

lo que iba a tardar en hacerse el carbón. Mientras se hacía, había que estar pendiente de que no se hicieran agujeros. Cuando la tierra caía porque se iba quemando, la íbamos retirando, hasta que se apagaban las ascuas y ya lo podíamos sacar. Esto lo hacíamos durante todas las épocas del año.

Mientras tanto, mi mujer se dedicaba a cuidar del chozo donde vivíamos. Iba también a coger bellotas para comer. Una vez, recuerdo que fuimos a robar bellotas porque no teníamos qué comer y cogió la Guardia Civil y nos condenaron a pasar dos días de cárcel a cada uno; pero para que ella no tuviera que ir, yo pasé cuatro días. En estos días sólo comí nabos.

Después me salió trabajo en la aceituna en f nca de Las Pitas y estuve de Manijero veintitantos años en las tierras de D. Enrique Villegas Allí yo era el encargado de un grupo de mujeres que venían a trabajar desde Dos Torres y yo las llevaba hasta la f nca de Santo Domingo. En esos años vivíamos en la Balanzona en una casa del cortijo del señor Villegas, el dueño. Cuando se terminaba

la época de la aceituna nos volvíamos a Cerro Muriano, al chozo y yo seguía haciendo carbón y picón. Finalmente me tuve que jubilar porque me puse enfermo de los pulmones a causa del humo que salía de hacer el picón y estuve nueve meses ingresado. Me intervinieron en el hospital de los Morales quitándome un pulmón

Mis hijos también me han ayudado en el trabajo En verano yo hacía helado de vainilla y llevaba la garrafa en una moto para vendérselo a los soldados. Teníamos también una burra que se llamaba Micaela que la utilizábamos para ir todos juntos a hacer picón y carbón. Era yo el que dirigía el trabajo a todos mis hijos.

Mi mujer estuvo cuidando de un hombre que estaba enfermo casi un año y este al morir nos dejó su casa, en la que ya vivimos durante bastante tiempo.

Cuando nació mi hija Ramona a mi mujer le tuvieron que hacer una cesárea, ya en el Hospital de Reina Sofía de Córdoba. Confundieron a mi hija con un niño: allí según nacían les ponían el nombre y le pusieron Ramón. A los quince días, cuando le

entregaron el bebé a mi mujer se dio cuenta de que era una niña, y tuvimos que mandar los papeles a Madrid para que le cambiaran el registro.

Mi hija mayor se fue a trabajar a una casa cuando tenía 14 años. La pequeña me acompañaba a hacer picón y a coger piñas, que vendíamos en la Balanzona. También he cuidado animales de otras personas para poder dar de comer a nuestros hijos.

Hoy en día hay muchas diferencias con la vida que viví yo de joven Ahora se come mejor: hemos pasado mucha hambre… y ahora ya podemos comer otras cosas.

Hoy en día creo que la gente es menos humilde. Antes había más unión entre las personas, como dice el refrán "Ya no hay padres para hijos, ni hijos para padres". Hoy las personas ya no trabajan en el campo y pasan penurias para poder ganarse algo.

Pero en general, ahora se vive mejor que antes, ya que no se pasa tanta fatiga para comer.

Cerro Muriano también ha cambiado mucho; por ejemplo las casas Antes muchas de las casas eran para que los mineros vivieran mientras trabajan,

y estaban hechas con chapa y no tenían tabiques. Pero ahora ya no se puede dejar la puerta abierta en verano para que entre el fresquito, porque es peligroso, pero antes lo dejábamos y no había ningún problema.

Recuerdo cómo era la feria, con cuatro cacharrillos, una noria dando vueltas,… ¡muy pequeña! y algunos payasos que venían y se ponían debajo de una lona, pero tenían a todos los niños del pueblo allí.

Lo que más me gusta de vivir en Cerro Muriano es que es muy saludable gracias a los pinos que le rodean, y eso se nota en la salud.

La verdad es que después de todas las penurias que he vivido durante toda mi vida, no me gustaría que los jóvenes, ni nadie tuvieran que pasar por lo mismo. Yo tuve que aprender a sobrevivir a toda costa, pero creo que ahora hay poca gente que resistiría todo lo que tuve que sufrir yo.

ENRIQUETA

BUSCATÓ ZAMORA

Nació en Algeciras
el 9 de noviembre de 1928

—

Mi madre se casó muy joven y tras la boda se fue a vivir a Cádiz. Su primer marido, mi padre, murió joven, estando mi madre embarazada, así que mi madre se fue a vivir con sus tíos a Algeciras, donde nací.

Mi madre empezó a trabajar en un hotel donde conoció al jefe de cocina que sería su segundo marido. Fruto de ese matrimonio nació mi hermana. La casa de Algeciras donde pasé mi niñez tenía un patio y una escalera muy alta, recuerdo que me gustaba jugar a las casitas, por eso los reyes magos me trajeron una casa de muñecas.

Recuerdo que cuando iba al colegio, mi hermana quería venir también pero ella aún era demasiado pequeña. La madre de una amiga del colegio trabajaba en la lavandería y allí había un lugar para calentar las planchas, así que lo usábamos para asar las nueces que recogíamos. También recogía mandarinas con una amiga, teníamos miedo de que algún guarda nos descubriera por el olor que desprendían, así que también cogíamos romero y así disimulábamos el olor de las mandarinas.

Fue en Algeciras donde vivimos la guerra, pero gracias a dios no pasamos hambre. En Gibraltar teníamos familia, y como estaba muy cerca, mi madre iba allí a comprar azúcar y otros alimentos.

Recuerdo cómo veía los aviones lanzar las bombas, que caían en el agua.

Mi juventud la pasé en Zaragoza, donde nos trasladamos por motivos de trabajo de mi padre. Allí tras terminar mis estudios comencé a trabajar como gobernanta en un colegio donde había niñas internas.

El piso donde vivíamos en Zaragoza estaba en la calle Sacramento, allí hacía mucho frío, no estábamos acostumbrados a esas heladas. Vivimos en distintas ciudades porque mi padre se trasladaba continuamente por motivos de trabajo. Permanecimos un tiempo en Zaragoza y luego nos trasladamos a Toledo donde estuvimos once años. Allí trabajé como cajera en un restaurante, haciendo las facturas. Tiempo después nos marchamos a El Escorial, donde estuvimos dos años.

Luego nos vinimos para Córdoba, cuando inauguraron el hotel Palace Córdoba donde mi padre comenzó a trabajar. Mi hermana se casó con un cordobés y se quedó a vivir aquí y yo me marché con mis padres a Gran Canaria.

En Gran Canaria vivimos en un apartamento. Allí trabajé llevando las cuentas en el mismo hotel donde trabajó mi padre, también mi madre trabajó en la lavandería del hotel. Recuerdo que íbamos mucho a la playa donde comíamos mariscos y percebes.

Cuando mis padres se jubilaron volvimos a Córdoba y empecé a trabajar con mi cuñado en la of cina de una joyería. Compramos un chalet en Cerro Muriano porque era más cómodo para mis padres. Aunque tuve algún novio no me casé, así que me dedique mucho al cuidado de mis padres.

Y desde entonces vivo en Cerro Muriano. Aquí me encuentro muy bien, conozco a todo el mundo, voy al centro de mayores, participo en muchas actividades y cuando voy por la calle voy saludando y parándome con todo el mundo.

JACINTA

RAMOS MORENO

Nació en Cerro Muriano
el 3 de septiembre de 1936

—

Aquí nací y aquí sigo viviendo. Mi abuelo tenía un chozo, que era una maravilla, todo de piedra y luego hecho de junco, muchas veces hacíamos candela dentro. Yo a veces iba allí con mi abuela y recogíamos verdura en el campo, por eso hoy en día me gusta tanto la verdura. También había gallinas, aunque los huevos ni los probábamos, porque los vendíamos para comprar el pan. Lo que sí tomábamos era leche de las dos o tres cabras

que teníamos. Mi abuela tenía trigo, así que lo molíamos usando el molinillo del café. Su patio tenía un horno, redondo, con una puertecita por donde echaban leña y ahí hacían el pan.

Éramos cinco hermanos, yo era la segunda y nos llevábamos de maravilla. Tengo pocos recuerdos del colegio, ya que estuve muy poco tiempo porque

me llamaban para trabajar, para coger almendras, con diez años ya iba a cogerlas. Mi juventud la pase trabajando, siempre en el campo y luego empecé a trabajar en una casa. Allí limpiaba, salía a comprar, hacía la comida y las demás tareas. La casa no tenía agua, tenía un pozo, así que había que sacar el agua para lavar. Algo que he aprendido a lo largo de mi vida es a coser. Yo he cosido mucho y he hecho mucho punto de cruz.

Mi noviazgo duró cinco años. Tuve una boda normalita, lo poco que ganaba en la casa lo fui guardando. Llevé un vestido blanco por el que pagué 25.000 pesetas. La boda fue en el campo, en un llano, y allí acudió la familia. Para el viaje de novios nos fuimos a Córdoba donde estuvimos dos días en casa de un familiar. A los pocos días de la boda mis hermanos se marcharon y poco después mis padres. Primero fueron a Teruel y luego a Gijón.

Una vez casados mi marido trabajó como ferroviario y yo me dediqué a la casa. Mi marido siempre ha sido una persona servicial, que se ha dedicado y volcado mucho con su trabajo. Luego

fuimos a la estación de Obejo, allí nos dieron una vivienda, que tenía un huerto que cuidaba mi marido. Allí vivimos dos años y luego nos fuimos a vivir a casa de mis suegros. Tuve dos hijos, un chico y una chica.

Después siempre he vivido aquí, pero todos los años me llevaban a Málaga y a la feria de Sevilla, en ocasiones también a Gijón. También he conocido muchos pueblos debido a que mi hijo era futbolista y siempre íbamos a verlo jugar. A mí siempre me

ha gustado mucho el fútbol y a día de hoy lo sigo viendo. Yo siempre lavaba toda la ropa del equipo a mano, que por aquellos tiempos no había lavadora.

Cuando llegó el momento de jubilarse, mi marido se compró un pequeño terreno, donde tenía sus olivos, sus naranjos, y algunas gallinas y cabras. Disfrutó de su jubilación al máximo. Yo lo esperaba todos los días para comer, y en mi ratos libres me iba a andar por el Cerro.

Lo que más me gusta del Cerro Muriano, es que siempre he vivido aquí. Me emociono mucho cuando oigo hablar de este lugar. Me siento feliz aquí, porque siento el apoyo y cariño de mi familia y de los vecinos que vienen a verme.

En esta narración ha colaborado su hija Rosario Casanova Ramos.

FRANCISCO

LÓPEZ BOLANCÉ

Nació en Adamuz
el 20 de octubre de 1936

—

En Cerro Muriano ya llevo viviendo 17 años. Cuando yo llegué aquí la barriada era más pequeña y todo lo que hay ahora lo hicieron más tarde. Recuerdo que desde que tenía ocho años ya sabía hacer carbón. Tenía que llevarlo desde Obejo hasta Cerro Muriano en tres sacos, ayudado por dos yeguas. Mi padre, en aquella época, se dedicaba a trabajar en el campo y mi madre trabajaba en casa, cuidando de nosotros y haciéndose cargo de la casa.

Nosotros fuimos 6 hermanos, dos niñas y cuatro niños y yo era el mayor. De mi infancia tengo recuerdos de cuando trabajaba haciendo carbón para sacar algo de dinero y más adelante me dediqué a coger aceituna. Me pagaban dos reales por cada kilo de aceitunas que cogía. Aprendí a leer y a escribir y a hacer cuentas con un pastor que me dio las lecciones durante veintisiete días debajo de una higuera.

Yo nací en Adamuz y a los veinte días de mi nacimiento nos fuimos a Belarcázar y desde ahí a Pueblonuevo, donde pasamos toda la guerra. Después de la guerra nos asentamos en Fuente Palmera y cuando yo tenía ocho o nueve años nos fuimos a vivir a Obejo. Aquí vivimos en un Cortijo y nos fuimos allí porque mi padre vendió una f nca que tenía y compró otra más grande. El cortijo lo recuerdo muy grande.

Con mis hermanos, de pequeño, me he llevado siempre muy bien. Una vez nos compraron un caballo de cartón a los tres niños y a mi hermano no se le ocurrió otra cosa que meterlo en agua y,

claro, el muñeco se estropeó. El pobre se puso a llorar… porque se había quedado sin caballo.

Yo siempre he tenido mucha inquietud de aprender a hacer muchas cosas, siempre que veía algo que me interesaba quería saber cómo se hacía, para hacerlo yo también. Ya con doce o trece años mi padre compró otra f nca, donde está el Pantano, y compró también un camión para vender la leña de las encinas; yo iba con mi primo, que era chófer, a vender la leña en las panaderías de Córdoba. Con el camión teníamos que tener cuidado porque si la policía te pillaba en la carretera sin papeles y no tenías cinco duros para darles no te dejaban pasar.

Aparte de no parar de trabajar, mi vida de juventud no fue mal, porque yo no era capaz de parar quieto. Me iba con mi bicicleta y llevaba en la cesta tortas y otras cosas para venderlas y cuando venían los soldados las vendía sin darme cuenta. Así yo me ganaba en un rato el sueldo de muchos que trabajaban más horas.

En aquella época también monté un bar que se llamó "La Casita de Papel" porque en sus principios

estaba hecho todo entero de cartón- piedra. El bar estaba al lado de la estación de Obejo y tenía mucho éxito porque todos los soldados que llegaban en el tren entraban allí a tomarse algo.

De vez en cuando trabajaba yo con mi hermano, segando, y nos enteramos que en Villarrubia pagaban el doble que en Obejo, así que cogimos la bicicleta y nos fuimos allí. La carretera estaba bastante deteriorada y era mucho más duro que hoy ir hasta allí.

En mi juventud se comía todo lo que pillábamos. Afortunadamente, en mi casa la carne, por ejemplo, no faltaba, así que hambre no pasábamos.

Cuando me eché novia me iba con la bicicleta hasta Posadas y me volvía por la noche. La relación con mi suegra fue siempre muy buena

Después de casarme me dedicaba a hacer helado para vender en el campamento de los soldados pero llegó un momento en el que no se podía vender por ningún lado. Un día fui a preguntar al jefe del campamento para ver si podíamos tener la exclusiva de venta en el campamento pagando

algún tipo de tasa. Hicimos un contrato, pagando por la temporada diez mil pesetas, para tener la exclusiva para vender en el campamento. Entonces yo contrataba a más personas para que vendieran porque como vendíamos tanto nos merecía la pena. Al año siguiente me pedían para tener la exclusiva 300.000 pesetas y me negué porque ya era mucho dinero. Salí del campamento y en otro sitio logré la exclusiva por 25.000 pesetas y después de esa temporada también me pidieron 500.000 pesetas. Entonces fue cuando yo dejé de vender helados en los campamentos porque no podía pagar tanto dinero. Yo por aquella época tenía unos veintitrés años.

Cuando un junté un poco de dinero me compré un moto-carro, con el que me dediqué a vender fruta dos o tres años, y después también vendí pescado. Los catorce años siguientes los dediqué a ser pescadero. De esa época recuerdo que me tenía que ir a las 4 de la mañana, a la Lonja, a comprar pesado, y luego iba por los Pedroches para venderlo. Cada día de la semana iba a un pueblo diferente para vender el pescado.

Después me compré un coche más grande y me dediqué a vender fruta al por mayor. Compraba por los campos de toda Andalucía, cargaba la fruta que necesitaba y me iba a la Lonja de Córdoba, Puente Genil, Lucena, Montilla, Granada, Antequera y Málaga. Yo en esa época no paraba mucho por casa porque siempre estaba de viaje. Como pasaba mucho tiempo en la carretera tuve pequeños percances que, afortunadamente, nunca tuvieron consecuencias graves. Un día me di cuenta que una de las ruedas del camión llevaba solo dos tornillos y me asusté porque podría haberme estrellado. Así que lo que hice fue quitar un tornillo de cada rueda y lo puse a la que le faltaban. Me jubilé cuando tenía yo 60 años.

Creo que hay cosas hoy que se han perdido, como la formalidad con las personas, que es algo que echo de menos, porque ahora la palabra y la mano de las personas parece que ya no vale como antes.

Hay veces que también pienso que se ha perdido un poco la vergüenza y la educación, desafortunadamente… En cuanto al trabajo, creo

que la gente ahora se sacrif ca menos que antes. Antes hacíamos lo que fuera para ganar dinero y ahora no se trabaja igual.

La verdad es que la vida hay que afrontarla con ilusión y alegría. Yo siempre intento ser una persona positiva y enérgica así que considero que esa actitud es muy benef ciosa para uno mismo y para los demás.

ANTONIA

LÓPEZ ROMERO

Nació en Torrecampo
el 10 de marzo de 1939

—

Llevo viviendo en la barriada 40 años. Me vine a vivir a Cerro Muriano porque cuando yo era pequeña me trajo mi abuela a vivir con ella y desde entonces estoy aquí. En la barriada no se vive mal y pienso que, si no se quiere no se tienen problemas. Cuando yo llegué, la barriada era todo un cerro y tierra. Sólo había tres casas, una de ellas la de mi abuela. Las viviendas, las calles… todo se hizo después.

Me vine aquí porque mis padres se separaron y mi abuela me trajo a vivir con ella. Puedo decir que la persona que me crió fue mi abuela. Estuve con ella hasta los 18 años.

Lo que recuerdo de mi infancia es que pasamos muchas fatigas, mucha hambre… Una de las cosas que no se me olvidarán son las broncas que me echaba mi abuela porque me portaba a veces regular y ya cuando me iba haciendo mayor, además no quería que me fuera de su lado.

Mi abuela en aquella época rifaba y también iba a vender a los soldados. Yo le empecé a ayudar cuando ya fui más grandecilla. La primera casa donde vivíamos tenía el tejado de monte. Esas casas las hacían con unos bloques de tierra apisonada, y luego con caña y monte hacían el tejado, porque en aquella época no había otra cosa. La casa tenía una habitación y un comedor. La cocinilla estaba aparte. En esa casa llegamos a vivir por lo menos 10 personas. Nos apañábamos durmiendo unos con otros en camas que eran de somieres de hierro.

Nosotras fuimos dos hermanas, yo soy la más pequeña. Por aquel entonces jugábamos con palillos, hacíamos muñecas de trapo, jugábamos a la lata... Íbamos vestidas con vestido siempre que nos arreglaban cada vez que crecíamos un poco. Me acuerdo que en mi comunión llevé un vestido hecho con una sábana.

Yo fui muy poco al colegio, pero recuerdo que teníamos una banca, con unos tinteros de hierro donde mojábamos la pluma que allí nos daban.

Una de las cosas que no se me olvidará de la infancia es que a mi tío, que era tres meses más pequeño que yo, lo mató una bomba. Ocurrió porque estaba jugando con otro niño cerca de donde estaban los soldados y cogieron un explosivo que se encontraron. Se lo puso mi tío entre las piernas, y cuando el otro niño se escondió, él tiró de la anilla y murió en el acto.

En mi juventud recuerdo que con 12 o 13 años ya conocí al que sería mi marido, y resulta que mi abuela no quería que yo le hablara ni estuviera con él. A pesar de que no nos dejaba vernos, yo cogía los

cacharros para ir a por agua a la fuente y nos veíamos allí. De novios estuvimos cuatro años, a pesar de que mi abuela no me dejaba salir a ningún sitio.

Yo entonces trabajaba sirviendo en las casas, limpiando, cocinando… y ahora no es como antes, que teníamos que fregar hincando las rodillas en el suelo. Cuando estaba yo trabajando lo que comía eran las sobras de los ricos. Estuve poco tiempo trabajando porque mi marido prefería darme a mí de comer, antes de que yo trabajara.

De mi noviazgo recuerdo que él siempre hacía para coincidir conmigo en algún sitio, y así empezamos a hablar hasta que nos hicimos novios. Yo era jovencita y encima como mi abuela no quería, nos teníamos que ver a escondidas. Si él venía alguna vez a mi casa a verme, a mi no me dejaba salir. A pesar de todo nos las arreglábamos para vernos hasta que ya nos casamos después de cuatro años de noviazgo.

A nuestra boda fue mucha gente, casi todo el pueblo. Recuerdo que fue el 14 de septiembre, y aunque hacía mucho calor, de repente se puso a llover y me mojé enterita. El convite fue en la casa

de mi suegra y nos lo pasamos muy bien. El vestido de novia me costó 500 pesetas y me lo hizo una amiga mía y la verdad que quedó muy bonito. El viaje de novios fue a Villarrubia donde pasamos una semana y nos tuvimos que volver porque me tenía el cura que velar. En aquella época para que alguien fuera sacerdote, los padres tenían que estar velados, que era una ceremonia que hacía el cura poniendo una manta por encima… A esa ceremonia sólo íbamos los novios.

La relación con mis suegros fue muy buena desde siempre. Sin embargo, mi abuela nunca aceptó a mi marido porque decía que como era tan mayor iba a engañarme. Tuvimos 6 hijos, y ahora tenemos 17 nietos y 2 biznietos.

Una vez que nos casamos, nos fuimos a vivir a una casita que alquilamos. Mi marido se dedicaba a trabajar en una mina como especialista en motores eléctricos y ya después trabajó en la construcción. Yo entonces me quedaba a trabajar en casa y a cuidar a los niños. Al f nal pusimos un bar y lo hemos tenido ya hasta que nos jubilamos. Para

compaginar las labores de la casa y el trabajo nos las apañábamos como podíamos, cocinando, limpiando y trabajando de noche. También cocinaba para vender a los soldados.

Me acuerdo una vez que era mi cumpleaños y me trajeron los muchachos un ramo de f ores que me hizo muchísima ilusión. Otro día me trajeron también un pastel cordobés. Esas cosas lo recuerdo yo con mucho cariño, la verdad. De esa época a pesar de que era muy duro, no lo pasamos mal del todo.

El cambio que supuso dejar de trabajar cuando nos jubilamos, por una parte estuvo bien porque ya podíamos descansar, pero también lo echaba de menos. Entonces me puse a trabajar en el bar del hogar del jubilado, y así estaba yo más entretenida. Allí estaba yo muy a gusto, porque hablaba con todo el mundo y me lo pasaba bien. Ahora me entretengo cosiendo, tranquila, rodeada de mi familia, y la verdad es que me encuentro bien.

Creo que hoy en día las cosas han cambiado mucho. Antes estábamos más tranquilos ente los vecinos, había colaboración entre nosotros, pero ahora ya

la gente está más metida en sus casas. Tus amigas eran para toda la vida y ahora ya no hay unión, es todo más distante. Además es más peligroso todo… la gente tiene más miedo. A mí personalmente me gustaba mucho más la vida de antes.

Aquí la gente se dedicaba a trabajar en el campo, a hacer picón, carbón, a trabajar en la aceituna, a vender a los soldados (comida, ropa…). Hoy en día la gente lo está pasando muy mal porque es muy difícil encontrar un trabajo y no existen ayudas… así que por ahora está la cosa difícil. Espero que esto vaya mejorando poco a poco.

En cuanto a las comidas, comíamos migas por la mañana, habichuelas al mediodía, y garbanzos por la noche. Cuando había alguna f esta hacíamos mantecados, pavo, pollo… En Cerro Muriano se hacían las migas en días como la Nochevieja.

Lo que más me gusta de vivir en el pueblo es que tengo yo mucha tranquilidad en mi casa, estoy muy a gusto cosiendo, con mis nietos… Yo no quiero irme de aquí nunca. Con mi experiencia, y en relación a lo que he comentado antes sobre la cooperación que

había antes en el pueblo, creo que un consejo que daría yo a las nuevas generaciones sería el que se lleven bien con los demás, que se cuiden entre ellos, que hay que portarse bien con las personas, ser amables y educados. Es bueno que aprenda eso todo el mundo para que salgamos todos benef ciados.

NATIVIDAD

GÓMEZ IGLESIAS

Nació en Córdoba
el 15 de agosto de 1939

—

Nací en la calle Arenillas de Córdoba. Mi padre y mi madre eran carniceros, tenían ocho despachos. Éramos tres hermanas, vivíamos bastante bien, con dos criadas que se ocupaban de nosotras. Recuerdo mucho a mi tata, que cuidaba mucho de mí en la infancia. Me encantaba jugar a las casitas, con las muñecas de trapo.

Tengo buenos recuerdos del colegio aunque a los diez años tuve que dejarlo para trabajar en uno de los despachos. En el que yo trabajaba vendía los huesos que se utilizaban para el cocido. Como no había cámaras frigoríf cas, los pedazos de carne que sobraban se utilizaban para hacer morcilla, chorizo o embutidos. Así que cuando fui más mayor me dedicaba a realizar estos embutidos y a llevarlos

en dos cubetas repartiéndolos por distintos barrios como El Naranjo o Huerta de la Reina. Tenía que ir andando porque en aquel tiempo no había autobuses a esas zonas. Mi hermana la mayor se dedicaba sólo a uno de los despachos y la pequeña trabajó en el matadero y comprando el ganado.

Pasé algún tiempo en Madrid con mis tíos. Como premio a tanto trabajo en la carnicería me iba todos los años a Madrid, desde mayo hasta septiembre. Allí mis tíos tenían una casa de modas y eran responsables de vestir a la señora de Franco. Yo allí lo pasaba muy bien, era un gran cambio pasar de trabajar en la carnicería y estar en el matadero madrugando muchísimo, a estar allí vestida de largo y asistiendo a algunas f estas. Era como un cuento de hadas. Recuerdo que buscaron a una señora que me enseñó buenas costumbres, porque a pesar de que había recibido muy buena educación, las costumbres que había en Madrid eran distintas. Hasta los veintidós años estuve viajando a la capital.

Me encantaba la copla, así que me compraba los cancioneros con el dinero que ahorraba. Iba a

escondidas a ensayar los jueves a la calle Alfonso XIII y después los viernes cantaba en directo en Radio Córdoba, llegando a ganar concursos. Mi padre conocía a un comisario, así que siempre que asistía a algún espectáculo musical conseguía entrar en los camerinos y pude conocer a Lola Flores, a Juanita Reina, Marifé de Triana o Antonio Molina, tuve la oportunidad de cantarles y ellos me dieron ánimos para continuar con la música. Uno de los hombres que trabajaba para mi padre era primo

de Antonio Machín, así que una vez que vino a cantar a Córdoba estuvo comiendo en casa y le contamos mi pasión por el cante. Un año después recibimos un disco con una canción dedicada a mí, en agradecimiento a lo bien que mi padre trataba al primo de Antonio Machín, la canción decía "Natividad, Natividad, no sé que tienes que no tienen las demás".

Me encantaba coser, así que por recomendación de mi tío conseguí acceder a un taller de costura muy prestigioso donde obtuve mi título de corte y confección. Un día, merendando en un hotel con mis compañeras del taller de costura, apareció el actual

Rey de España, Juan Carlos I, cuando aún no era rey. Nos avisaron que no realizáramos ningún alboroto y tuvimos la oportunidad de hablar con él.

A los diecisiete años comenzó mi noviazgo, que fue estupendo, aunque no salíamos mucho. Lo conocí porque él es sobrino de mi tío el que vivía en Madrid. Él hizo la mili allí, así que cuando iba a casa de mi tío a comer veía mis fotos. Mi boda fue muy sencilla y no tuve convite. Mis tíos me mandaron la tela de Madrid para que mi profesora de corte y confección me hiciera el traje. Mi marido trabajó como platero y después como repartidor de cervezas "Él Águila" por mediación de Manuel Fraga, a través de mi tío. Mi padre quería dejarme uno de sus despachos pero yo me dedique a mi casa y a cuidar a los tres hijos que tuvimos.

Vivo en Cerro Muriano desde hace más de treinta años, cuando llegamos aquí a vivir casi no había nadie. Vivir aquí tiene sus ventajas y desventajas, pero yo aquí me encuentro muy bien.

Natividad Arrizabalaga Gómez, su hija, colabora en esta entrevista.

MARÍA TERESA

MARTÍNEZ MOYA

Nació en Menjizar
el 5 de octubre de 1941

—

Vivo en Cerro Muriano desde hace 17 años y antes viví en Posadas. Mi padre se dedicó a trabajar en el campo y mi madre a trabajar en la casa; eramos tres hermanos. Recuerdo que, de pequeños, jugábamos a muchas cosas y que los domingos, cuando había baile, siempre íbamos.

También recuerdo que en mi colegio había un ventanal muy grande y los que no podíamos pagar siempre nos teníamos que sentar al f nal, por lo que era más difícil aprender.

Cuando mi padre murió, mi madre empezó a trabajar limpiando en el Hogar Parroquial. Normalmente yo la acompañaba y cuando terminaba de trabajar volvíamos a casa cantando, bajito; yo tendría entonces quince años. Más adelante empecé a trabajar en Telefónica. En el trabajo tenía dos cuadros, cada uno con cien teléfonos y tenía que poner las conferencias. También trabajé en un taller de costura.

Después me marché a Francia para ayudar a mi hermana que había sido madre. Allí estuve muy bien porque estaba con mi hermana, pero a mí no me gusta tanto la vida allí. Tras esa etapa volví a España y retomé mi trabajo en Telefónica. Un día llegó al trabajo una carta que iba dirigida a la "chica más guapa de los teléfonos" y era de un chico que antes de irse a la mili iba allí a poner conferencias. Las cuatro compañeras que allí

trabajábamos le contestamos la carta, pero sólo yo recibí respuesta. Y así comenzamos a cartearnos hasta que terminó la mili. Estuvimos un año de noviazgo antes de casarnos

Me casé de blanco en Cerro Muriano. Había solo algunas cositas para comer, pero recuerdo que buena música no faltó. Desde la estación de Obejo nos fuimos de viaje a Córdoba un día y ese fue nuestro viaje de novios. Vivimos dos años en Posadas y después en la estación de Obejo. Después de casada me dedique a mi casa y a criar a nuestras tres hijas. La primera cocina que tuvimos fue de leña y después nos pudimos comprar un hornillo. Allí cocinaba de todo, desde un arroz, un pescado, un cocido o un potaje de habichuelas o de lentejas.

Desde que mi marido se jubiló llevamos una vida tranquila y agradable. Nos tomamos nuestro cafelito, jugamos al dominó y muchas veces hago punto. Lo que más me gusta de Cerro Muriano es que es un lugar bueno y saludable. La barriada la veo exactamente igual que cuando llegamos.

CERRO MURIANO

apuntes de interés para la barriada

–

LA BASE MILITAR DE CERRO MURIANO

La existencia en la barriada de esta base militar ha sido referencia para la vida de las personas ya que para muchas de ellas se han dedicado a la venta de productos a los soldados, convirtiéndose esta en un medio de vida, sino exclusivo, sí al menos de apoyo a los ingresos económicos para la subsistencia de las familias.

Por los relatos de estos mayores interpretamos que se vendía dentro del Campamento, pero fuera del Cuartel. Generalmente se vendía comida: tortas, cortadillos, helados, chocolates, café con leche, aguardiente, pipas, etc y también ropa de lencería de caballero y ropa confeccionada. Parece que al principio no estaba reglamentado, pero que se llegó hasta a pagar un impuesto por esta actividad económica.

LA MINERÍA Y LA ESTACIÓN DEL TREN

Por la ubicación de la barriada estos dos sectores económicos también han dado opciones de trabajo o han hecho que la barriada de Cerro Muriano haya atraído población de pueblos de la provincia o de otras ciudades; algunas de estas familias se han quedado a vivir en la barriada de manera permanente.

HACER PICÓN

Durante mucho tiempo el picón fue una fuente de energía imprescindible para calentarse en invierno. Las personas que vivían cerca de los lugares donde había arboles cortaban las ramas para fabricarlo Se sometían a temperatura y antes de que llegara a consumirse se apagaba con agua: Esas brasas eran el picón.

Piconeros era el nombre de la personas que se dedicaban a fabricarlo y venderlo. Generalmente

a domicilio. Al estar en contacto con el humo, esta actividad generaba problemas para la salud importantes para los piconeros

LA PROFESIÓN DE TELEFONISTA HACE 50 AÑOS

Era una profesión generalmente de mujeres, que trabajan delante de hasta dos cuadros con 100 entradas de teléfonos, que había que conectar de manera manual, para poner conferencias o hablar por teléfono, antes de que este fuera totalmente directo.

LA FABRICACIÓN DEL HELADO

Para la elaboración del helado era imprescindible disponer de una heladera que era una especie de garrafa, con forma de cántara de leche, que tenía varias capas, una de ellas hueca para rellenar con hielo picado y otra de ellas de corcho que hacia

de aislante. Tenía una manivela que hay que girar para darle vueltas para que la crema que se vertía en ella se cuajara de manera adecuada

LAS CARACTERÍSTICAS DE LAS CONSTRUCCIONES

Nos dice las lecturas que antiguamente había personas que vivían en chozos o chozas durante todo el año o sólo por temporadas: en este último caso la f nalidad era dormir mientras se cuidaba el ganado y para resguardarse de los lobos. Los chozos se hacían con las paredes de tierra prensada o piedras y el tejado de ramas de árboles (monte), de cañas o de juncos, que había que reponer todos los años. Podían tener el suelo de chinos (piedras). Algunos de estos chozos tenían una habitación, generalmente separada con una cortina de tela, y hasta un patio.

En el patio de muchas viviendas había hornos. Estos podían ser pana hornear el pan o para hacer el picón o el carbón. Estos últimos se llamaban "Chascas"

En las viviendas generalmente había pocos

muebles: algunas sillas, una mesa, catres con colchones de lana o paja y enseres domésticos

En los alrededores parece que también había algunas construcciones hechas todas de madera, sobretodo en la montaña

JUGUETES DE CARTÓN

Muchos juguetes de la época se fabricaban de cartón, perfectamente pintado: muñecas, caballitos, casitas, etc. Muchas personas mayores tienen como anécdota haberse quedado sin sus juguetes por haber pretendido lavarlos con agua en su infancia.

ANTONIO MACHÍN

Fue un cantante cubano que vivió entre los años 1903 y 1977 y que durante años fue cantante de moda y muy famoso. Se hizo conocido sobretodo por sus boleros y baladas románticas. Pasó bastantes

años de su vida en España y, según nos cuentan en estos textos, se inspiró para la letra de alguna de sus canciones en una persona de la barriada de Cerro Muriano: "Natividad, Natividad, no sé qué tienes que no tienen las demás...."

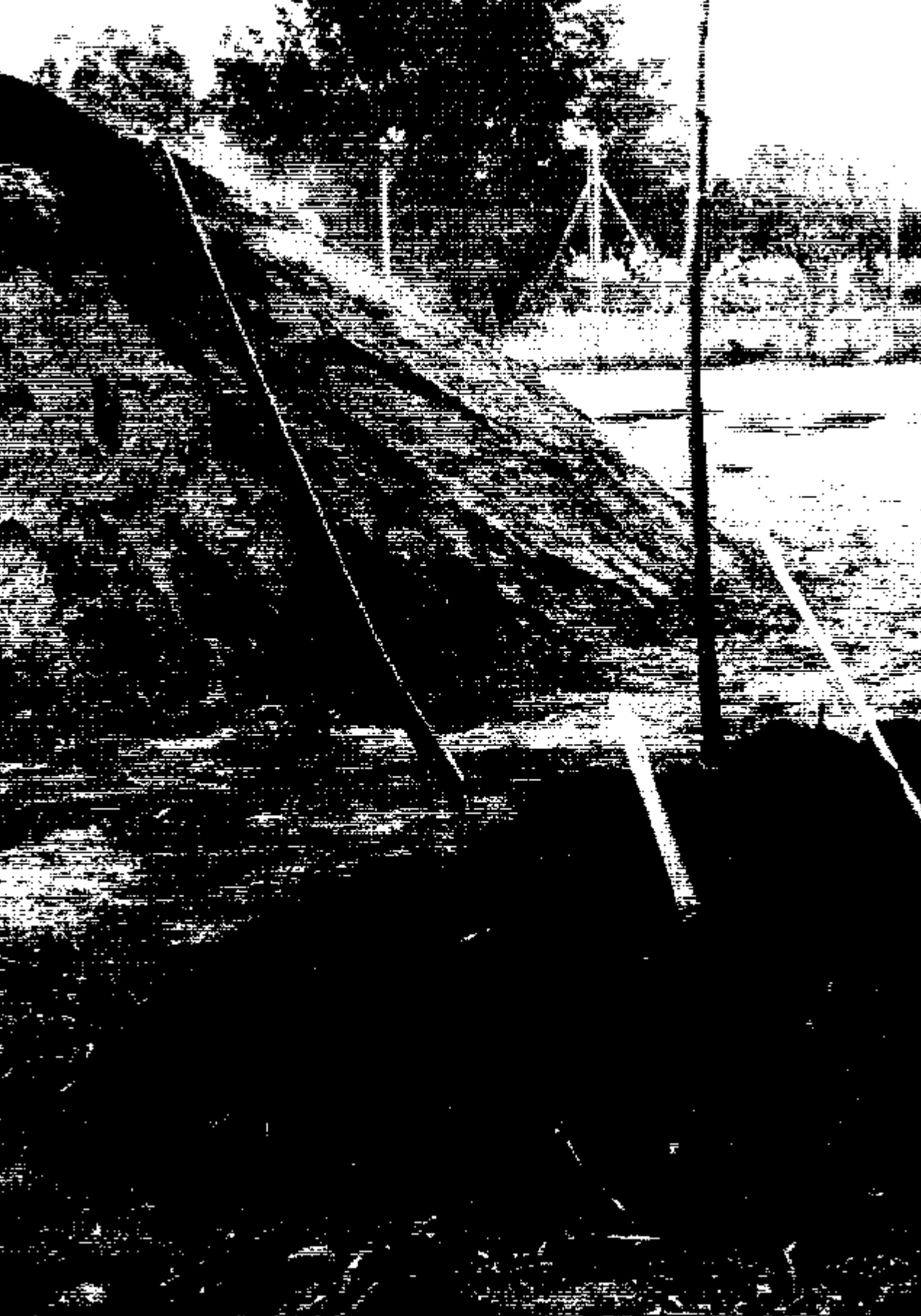
ALGUNOS LUGARES QUE SE NOMBRAN

Destacamos de los textos la siguiente relación:

- Bar "La Casita de Papel", al lado de la Estación de Obejo
- Finca "La Candelera" y "Choza Redonda"
- Cortijo de "Las Pitas"

guía didáctica

–



1. JUEGOS TRADICIONALES Y POPULARES

Explica algunos de ellos que conozcas

LAS BOLAS
EL TROMPO
LA RUEDA
A LA LATA
LA GALLINITA CIEGA
A PIOLA
A PILLAR
AL ESCONDITE
LAS CHAPAS
A LAS CASITAS
A LA COMBA
A LA HONDA

Podemos jugar en la calle o en el patio del Colegio.

2. FÁBRICA DE JUGUETES

Podemos hacer juegos y juguetes como se hacían antiguamente. Podemos construirlos en clase o pedimos ayuda a papa y a mamá o a los abuelos

MUÑECAS DE TRAPO
PELOTAS DE TRAPO
CABALLOS DE CARTÓN
CHAPAS
CASAS DE MUÑECAS

3. MONEDAS ANTIGUAS

Aprendemos el valor y las equivalencias

LA PESETA
EL REAL
EL DURO
LA PERRA GORDA (LA GORDA)
LA PERRA CHICA (LA PERRILLA)

Preguntamos en casa a nuestros padres si todavía guardan alguna moneda antigua y le pedimos permiso para enseñársela a los demás compañeros y compañeras en clase. Podemos hacer problemas sumas y restas de pesetas. Las ponemos debajo de un folio y pasándole el lápiz por encima conseguimos hacer un calco de ellas.

4. PALABRAS DESCONOCIDAS O QUE YA TIENEN POCO USO

PICÓN	*Especie de carbón muy menudo, hecho de ramas de encina, jara o pino, que sólo sirve para los braseros se pone incandescente pero sin llama.*
ASCUAS	*Pedazo de cualquier material sólida que por la acción del calor.*
LUMBRE	*Fuego encendido para guisar o calentarse.*
GATERAS	*Agujeros circulares en los hornos de hacer picón para dejar salidas al humo.*
HELADERA	*Garrafa parecida a las lecheras,que servia para fabricar el helado.*
REMIENDO	*Pedazo de tela que se cose a otro que está roto.*
PIARA	*Manada de cerdos y por extensión rebaño de ovejas.*
YUNTA	*Par de bueyes, mulas u otros animales, que sirven en las labores del campo.*
REFORESTAR	*Repoblar un terreno con plantas, generalmente árboles.*
SEMENTERA	*Tierra sembrada; acción y efecto de sembrar.*
CARTEAR	*Corresponderse los novios mediante cartas.*

Intenta hablar con algún vecino o vecina que conozcas que tenga mucha edad, usando estas palabras. Podemos escribir frases primero para saber usarlas.

5. OFICIOS ANTIGUOS. EN QUE SE TRABAJABA ANTES

Algunos of cios ya se han perdido o apenas se ven. De esta lista de of cio, ponemos a lado si hoy aún se mantienen

OFICIOS	EXISTEN HOY	NO EXISTEN
MINERO		
MOZO DE ESTACIÓN		
MAQUINISTA DE TREN		
PASTOR		
MANIJERO		
SEGADOR		

AMA DE CASA		
COSTURERA		
CAMIONERO		
ALBAÑIL		
PICAPEDRERO		
VENDEDOR/A		
CARNICERO/A		

OFICIOS	EXISTEN HOY	NO EXISTEN
PESCADERO/A		
FRUTERO/A		
PRACTICANTE		

6. COMIDAS QUE SE HACÍAN EN CERRO MURIANO

Pon al lado si tú actualmente las comes o no las comes (SI/NO)

COMIDA	COMO	COMIDA	COMO
SOPA DE AJO		GACHAS	
HABICHUELAS, ARROZ		PESTIÑOS	
QUESO DE CABRA		ROSCOS	
QUESO DE OVEJA		HELADO	
CARNE DE MATANZA		ARROZ CON LECHE Y TOSTONES	
CARNE DE VENADO		MIGAS	
PATATAS GUISADAS CON BACALAO		PAN DE ALTRAMUCES	
SARDINAS EN ARENQUE		REBANETA	

7. Las características de las viviendas

Nos dice las lecturas que antiguamente había personas que vivían en chozos o chozas durante todo el año o sólo por temporadas, para dormir mientras se cuidaba del ganado y resguardarse de los lobos.

Los chozos se hacían con las paredes de tierra o piedras y el tejado de ramas de árboles o juncos que había que reponer todos los años. Tenían el suelo de chinos (piedras) Algunos de estos chozos tenían una habitación y hasta un patio.

En el patio de muchas viviendas había hornos. Estos podían ser pana hornear el pan o para hacer el picón o el carbón. Estos últimos se llamaban "Chascas".

Imagínate cómo eran las viviendas en esa época de los abuelos y las abuelas y de los bisabuelos. Haz una redacción en tu cuaderno con algunas de las palabras que ya conoces y acompáñala con un dibujo.

8. ENSERES ANTIGUOS QUE SE PUEDAN CONSERVAR EN LAS CASAS

Podemos hacer una exposición en clase con pequeños objetos antiguos que se conserven en casa de la época de los abuelos y bisabuelos.

Objetos curiosos que apenas tienen hoy ya utilidad.

9. EL LIBRO DE NUESTROS ABUELOS Y NUESTRAS ABUELAS

Vamos a preguntarles a nuestra abuela o a nuestro abuelo, cómo fue su vida de pequeño, en que trabajaba de mayor, cómo era la feria y las f estas en su época, los juguetes, etc.

También puedes preguntarle a mamá o a papá cómo eran sus padres. Si ves a los abuelos con frecuencia, puedes hacer una redacción explicando lo que haces tú cuando estas con tu abuela o con tu abuelo, si te han enseñado a hacer alguna cosa especial, etc.

Hacemos un dibujo de nuestro abuelo o de nuestra abuela o de nuestro bisabuelo o bisabuela, si lo conocemos.

Los ponemos en común en clase, uniendo los trabajos: Podemos hacer un bonito mural o hacerle una portada y contraportada y fabricar “El libro de nuestros abuelos “ que nosotros también hemos confeccionado en clase.

AYUNTAMIENTO DE CORDOBA

Delegación de Servicios Sociales